Número oculto

Cada esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

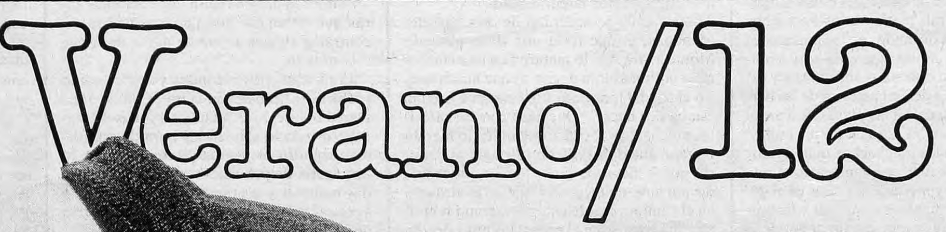
SOLUCION 3065

				B	R
				4	0
2	0	6	7	2	0
3	9	0	8	1	1
1	8	9	5	1	0
6	8	7	0	0	2
6	1	9	2	0	1

DESTELLOS EN EL MAR

Página/2/3







VUELO

(Por Manuel Vicent)

Este año las moscas han llegado felices hasta el final de diciembre, y en los charcos que deja la escarcha he visto avispas bebiendo. Ningún insecto ha muerto de frío este invierno, y debido a eso los murciélagos tampoco se han hibernado. Sobre la ciudad traspasada al atardecer por la palidez de la heroína ellos vuelan muy lúcidos en busca de algo perentorio, y eso prueba que un gran acontecimiento, aunque no necesariamente terrible, se acerca. Si hoy la historia se conmueve no es por la voz de los profetas que anuncian vendavales de hambre, sino por el hecho de que las hormigas estén todas fuera del hormiguero. También las cebollas de esta temporada han germinado con tres ojos, dando con eso un mensaje más profundo que el de cualquier filósofo o santo. Cuando estas cosas suceden hay que preparar el corazón para una nueva era. Puede que sobrevengan guerras y catástrofes, pero mientras éstas no llegan es necesario cumplir la primera regla de la sabiduría: masticar con lentitud los alimentos y dialogar con ellos, contemplando las señales que la naturaleza siempre envía antes de cambiar el destino de los mortales. Vuelan los murciélagos sobre la ciudad herida. Están vivas aún las moscas y las avispas; los lagartos no se han convertido en jeroglíficos de piedra y palpitan con sangre verde porque esperan algo insólito. No obligatoriamente estos signos auguran nada espectacular o apocalíptico. Tal vez esta revelación de la naturaleza alude a un hecho increíble que tendrá lugar en la intimidad de tus entrañas un lunes de enero, el que consideres más anodino. De pronto puedes sentir que en medio de la multitud se levanta el vuelo de una extinta belleza, y tú te sentirás capaz de ir solo detrás de ella hasta más allá del deseo, aun cuando otros digan que ya estás vencido. Y sólo para ver este milagro habrán quedado vivos todos los insectos, las avispas y los murciélagos.

Por Raúl Vallejo Corral

Cuando yo era chiquillo me mandaban de vacaciones a Manta. Bueno, ustedes saben lo que es ser chico y ser mandado. Pero no me quejo porque no la pasaba mal; mi abuelo tenía una casa inmensa de dos pisos y un montón de cuartos; o, al menos, así era como yo la veía a los nueve años. No sé por qué razones —cuando uno es chico nunca le explican nada—, en el piso de abajo, funcionaba una oficina de estanco con policías.

Un olor fuerte a tabaco y aguardiente llegaba hasta el cuarto que quedaba justo arriba de una especie de cárcel del estanco donde, por lo general, metían a los borrachos que se quedaban dormidos en los portales de las casas, a los cholos que eran sorprendidos con pacas de cigarrillos americanos y cajas de whisky que desembarcaban de las barcazas ancladas frente a las playas de Tarqui y las ocultaban en las alforjas de sus mulas, y, cuando no, a los muchachos malcriados.

En el cuarto había una hamaca en la que pasaba méceme y méceme mientras en el comedor, al lado, mi abuela, mis tías y las empleadas de la casa se reunían alrededor de la mesa a escuchar en radio Zenit "El derecho de nacer". Cuando tengan una hamaca y se estén meciendo piensen que están flotando en un tubo de llanta de camión sobre el mar.

Una noche, justo al momento en que Albertico Limonta, el doctorcito de la radionovela, se enteraba de no sé qué cosa de su verdadera madre, se armó tal griterío abajo, casi en la media calle, que la radio y la hamaca quedaron abandonadas y la ventana nos resultó estrecha para calmar la ansiedad que teníamos de averiguar lo que estaba sucediendo en el estanco.

Yo alcancé a ver a un chico mayor, sujetado por dos policías, que se revolvía, peor que lisa, gritando que no lo mandaran al calabozo. Un hombre, al volante de un yip, también gritaba, pero contra los policías, y les decía algo así como que no metieran las narices en donde no debían, que el asunto era sólo con el chico y ellos le respondían que se largara si no dispararían. Yo, que por todo me asustaba, abandoné la ventana antes de que mi abuela me gritara: "¡Chechiul, ándate para adentro!". Salí corriendo y me arrodillé frente al Corazón de Jesús que bendecía la sala y prometí portarme bien toda la vida para que nunca nunca me metieran en la cárcel.

Enseguida, subió mi abuelo con la verdad. Se quitó el jipijapa y lo colgó en un gancho que había hecho poner en la pared frente al comedor. El se sentó en la cabecera de la mesa —sólo le faltaba la corona para ser un rey—; las cocineras se fueron a preparar cafecito con bolón de verde y los demás nos ubicamos alrededor de la mesa del comedor, martirizados por la curiosidad.

—¿Ustedes se acuerdan de don Artrides Mendoza, el que tenía una finca pasando Montecristi? A él lo mataron en una emboscada por un asunto de tierras que nunca quedó claro del todo; eso fue cuando Chechiul estaba por nacer. ¿Qué pasó con ese cafecito, muchachas? Se dice que quien lo mandó a matar fue don Trajano Intriago, que murió pocos meses después, parece que atacado por una matacaballo que se le atravesó en el camino. Desde entonces, como no pudieron vengarse en el padre, los hijos de don Artrides se la tienen jurada a los hijos de don Trajano. ¡No se olviden de la salprieta! El tipo del yip de esta noche era Temístocles Mendoza, el mayor de todos. Ya es un hombre hecho y derecho y estaba medio jumo porque según dicen se había pasado bebiendo con las puputaspas del capabaparepe de Blanpanquipitapa. El muchacho era Cristóbal Colón Intriago y creo que anda en catorce años; a él, los guardias del estanco lo metieron en la cárcel para evitar que Temístocles lo matara. Pobre chico, tiene la muerte marcada en el rostro.

En eso llegó el café con bolón; yo sentía como si tuviera atravesado en la garganta un trozo de verde y, como nunca, no me puse bravo porque mi abuelo hubiese hablado algunas palabras en clave, así que me levanté diciendo permiso y que tenía sueño, pero no me fui a mi cuarto sino al cuarto que quedaba encima de la cárcel del estanco para espiar por una de las hendijas del piso de madera y tratar de ver al muchacho del que había estado hablando mi abuelo.

El chico daba vueltas y vueltas y más vueltas en la pequeña celda; para estos casos mi abuela utiliza un dicho: "Este muchacho está como diablo en botella". Lo oía gruñir y me recordaba al mar entre las playas del Murciélago y de Tarqui en las noches, cuando sube la marea y golpea con furia las enormes rocas del malecón.

En una de esas, sus ojos se clavaron en los míos; yo me separé violentamente de las hendijas y salí corriendo otra vez hacia la sala, como cuando, al oír los pasos de mi abuela, abandono el tarro de galletas que ella tiene alzado en la última repisa de la alacena. Dirán que era un miedoso pero ya quisiera encontrar a alguien capaz de mirar de frente a la muerte.

Eran unos ojos redondos y negros como pechiche. Miraban con la ira de un toro desenredándose de un alambre de púas. Si mañana o pasado alguien los mira de esa forma, segurito es porque a ese cristiano lo acompaña de por vida la desgracia. De todas maneras y a pesar del susto, regresé a aguaitar por las hendijas del piso del cuarto de la hamaca.

—¿Es cierto que te van a matar? —le pregunté con la voz que utilizo en el colegio cuando quiero que el compañero de adelante me sople una respuesta en algún examen.

—No es cierto. Ellos piensan que todavía soy muy chico —me respondió en el mismo tono y yo me alarmé con su respuesta.

—¿Y cuando crezcas?

—Sólo Dios lo sabe.

—Estoy con escalofríos. Tienes la muerte marcada en tu rostro.

El pegó una carcajada que me escandalizó. Fíjense que yo estaba hablando de lo más serio y él haciendo cháchara sobre su propia vida. Después que lo conocí mejor me di cuenta de que él siempre se reía de las cosas que atormentaban a los demás y más bien se ponía serio con aquellas cosas con las que todo el mundo se divertía. Pero en ese momento yo estaba asustado de verdad y ninguna broma podía caerme bien.

—Hablas como los viejos. ¿Quién te dijo eso?

Me sentí pillado en falta. Pero más me sentí un tonto. Sobre todo porque él reía con ganas. Sin decir una sola palabra, porque ustedes saben que en esos momentos no hay cómo decir nada más, me fui a lavar los dientes y después a mi cuarto; ahí me quedé dormido como un tronco seco.

Al día siguiente pedí permiso a mi abuela para ir a pasear por la playa y ustedes pensarán que debió de estar distraída porque dijo que bueno y además me dejó ir solo, pero la verdad es que en los pueblos la cosa cambia; en Guayaquil, por ejemplo, hasta hoy, a pesar de que ya soy grande porque ando en los quince años, mi mamá porfía cuando quiero ir solo al cine. En Manta, en cambio, desde entonces, cuando no tenía nada que hacer, me iba a caminar por el malecón, por las playas del Murciélago o de Tarqui, como en aquella ocasión.

¿Han contemplado alguna vez una canoa cargada de pescado llegando del mar? Es un espectáculo cheverísimo. Cuando las olas arrojan la canoa hacia la playa, los cholos colocan dos o tres troncos cilíndricos de madera sobre los que la montan y la mueven hasta que la canoa parece caer cansada sobre la arena. En el cielo, las gaviotas dan vueltas y más vueltas y, en el primer descuido de los pescadores, se llevan atrapado en el pico algún pescado que todavía se retuerce. La gente rodea la canoa y grita ofreciendo el precio más bajo posible, queriendo siempre los pescados más grandes.

Eran casi las doce, yo caminaba por la playa de Tarqui y había llegado una piragua cargadita de lisas. La red estaba echada sobre la arena y un grupo de bañistas contemplaba cómo las lisas saltaban dentro; sus ruidos y sus movimientos parecían embobar a todo; de repente, alguien señalaba hacia algún lugar de la red, le indicaba no sé qué cosa a su vecino y ambos terminaban riéndose. Yo estaba hipnotizado viendo el espectáculo. Un susurro en la oreja me devolvió al planeta:

—Hola, soy Cristóbal Intriago, ¿te acuerdas? Nunca me dijiste tu nombre pero sé que eres el nieto de don Abelardo Delgado.

—Disculpa. Yo soy César Paúl Delgado Zamora. Me dicen Chechiul.

Le di la mano y él me pareció mucho más grande de lo que me había parecido la noche anterior. Era extraño, pero en sus ojos parecía brillar todo el sol del mediodía.

—¿Qué haces aquí? —preguntó en un tono raro.

—Viendo las lisas —respondí con simpleza.

—Querrás decir viendo cómo se asfixian las lisas.

No atiné a replicar nada y dejé que pusiera su mano sobre mi hombro y, sin que me diera cuenta, me alejó de la canoa y de la gente.

—Odio a las personas mayores que se ponen a ver cómo saltan los pescados dentro de las redes. Mira, Chechiul, es igualito que si nos sentáramos en la playa a contemplar los manoteos de un cristiano que se está ahogando.

¿Ustedes saben coger esos cangrejitos que viven en los agujeros que asoman sobre la playa? Cristóbal Colón era un experto y gracias a él, ahora yo lo soy. El día de nuestro primer encuentro yo, bocabierta, lo veía hacer. Lo primero que necesitamos es una pita un poco menos gruesa que la del trompo. En un extremo le hacemos un lazo corredizo. Esto es fundamental; digo que el lazo esté bien hecho. Cogemos el otro extremo de la pita, entre el índice y el pulgar, con el lazo colgando ubicamos un hueco en cuya abertura todavía existan huellas de cangrejos. Si las huellas se acentúan de un solo lado de la entrada es porque el cangrejo se ha ido; si, en cambio, forman una diminuta cadena de montañas alrededor de la boca del agujero, entonces es porque el cangrejo está metido en el hueco.

Según mi abuela, con paciencia uno se gana el cielo; según Cristóbal Colón, con paciencia se cazan cangrejos. Con mucha delicadeza hay que meter la pita por el hueco y esperar en cuclillas, hecho una estatua, hasta sentir entre los dedos que la sostienen en un extremo, que algo está moviéndose alrededor del lazo. Esto puede durar una eternidad y entonces el calambre será nuestro peor enemigo. Cuando detectamos un peso que templa la piola es porque el cangrejito ha metido alguna pata dentro del lazo.

Es el momento clave. Cristóbal Colón dice que es como cuando su tocayo descubrió



DESTELLOS EN EL MAR

(A DANIELA, MI HIJA)

Raúl Vallejo Corral nació en Manta, Ecuador, en 1959 y es uno de los más notables narradores nuevos del continente. Publicó su primer libro ("Cuento a cuento cuento") a los 17 años. Luego aparecieron sucesivamente "Daguerrotipo", "Máscaras para un concierto", "Sólo de palabras" y en 1991 la antología "Manía de contar". Habitualmente vive en Guayaquil, pero en noviembre último tuvo que trasladarse a Quito para convertirse en el más joven ministro del Ecuador. Luego de haber llevado adelante una exitosa campaña de alfabetización, el presidente Rodrigo Borja lo puso al frente del Ministerio de Cultura y Educación. Con el libro inédito "Fiesta de solitarios" Vallejo Corral ganó —entre 148 participantes— el Concurso Nacional de Cuento que organizó el año pasado el diario "El Universo". A ese volumen, aún inédito, pertenece "Destellos en el mar", el relato que se publica a continuación.

América. Hay que dejar que el cangrejo tome confianza e ir cerrando el lazo, desde arriba, milímetro a milímetro. De pequeños, a todos nos han sacado los dientes de leche que se aflojan, amarrándolos con hilo dorsal y tirando fuerte y de una sola del hilo, ¿verdad? Exactamente eso debemos hacer con la pita para cazar al cangrejo. Este queda colgando pero hay que ponerlo enseguida en la arena porque suele treparse por la piola y darle tremendo susto a los bocabiertos.

—Lo pueden pasear como a los perros —Cristóbal Colón dio un paso y el cangrejo lo siguió en desenfrenada carrera—, pero el sentido de todo esto no es ése; ¡qué chiste tiene dominar a un cangrejo! —a veces, él hablaba como la gente grande pero me caía requetebién—; la espera paciente, la habilidad para halar la piola en el momento exacto, derrotar a la fatiga, eso es el éxito. Luego tomas al cangrejo apretándole las pinzas, le desatas el lazo y lo dejar irse —hizo una pausa largota y, después mirando hacia el mar continuó igual que si fuera un cura dando misa—: venciendo obstáculos creceremos.

Solo cuando me di cuenta de que se nos había pasado el día sin darnos cuenta me angustié y eché a correr para llegar a casa lo más pronto posible. Fue una niñería, por supuesto, eso de salir hecho un cohete casi sin despedirme de mi amigo, pero a los nueve años uno se desespera por todo. Toqué el timbre y fue mi abuela quien, como nunca, abrió la puerta.

—¡Ay, Chechiul! ¿Dónde has estado? ¡Hemos pasado un susto! —me abrazó y supe que no había enojo en ninguna persona de la casa.

—Pero abuelita, si usted me dio permiso...

—Ya lo sé, mijo —volvió a besarme y, mientras me acomodaba entre sus brazos, añadió—: ¿Qué hiciste todo el día?

—Anduve paseando con Cristóbal Colón Intri...

Antes de que terminara de hablar, ella me soltó como si, de repente, yo me hubiera transformado en el patica. Las empleadas que estaban curioseando, firmes y juntas debajo de la estatuilla del Corazón de Jesús, abrieron los ojos y se persignaron. Mi abuela se llevó las manos a la cabeza, dio algunas vueltas por la sala y regresó donde yo estaba quedito y sin decir ni mu.

—Atiéndame, Chechiul: no quiero que vuelvas a salir con ese chico.

—Pero... ¿por qué abuelita? ...él es bueno y a mí me...

—No vas a salir, Chechiul..., a ese muchacho lo van a matar y no quisiera que estés junto a él cuando eso suceda, es muy peligroso. No hablemos más del asunto, ándate a lavar las manos y te vienes a la mesa para merendar, que se enfrían los patacones.

Sin embargo, en esa ocasión yo no estaba dispuesto a ser un niño obediente. Yo quería ser obediente de mí mismo, así que al día siguiente, sin decir nada, caminé otra vez hacia la playa; sólo que esta vez no fui a la de Tarqui sino al Murciélago. Me detuve en la calle, a la altura de la Caleta, y me saqué cuyes de cada uno de los dedos de la mano izquierda, falló el pulgar y eso era de mal agüero, pero el sol achicharraba a la gente que se rociaba el cuerpo con coca cola para coger el color que tiene el café negro en una cucharita, la arena estaba reluciente como los cubiertos de plata de mi abuela en día de fiesta, y el mar, aunque un poco picado, estaba verdeazul y repleto de destellos, o sea listo para un cuchecito.

Como para convertirse en grande hay que ponerse a prueba a cada rato, me quité las zapatillas y avancé a saltos y brincos sobre la arena que hervía hasta que llegué a la orilla del mar y pude refrescar mis patas sancochadas. Oí unos aplausos atrás de mí; al darme vuelta, vi que era Cristóbal Colón que me había descubierto.

Me pareció un buen momento para impresionarlo así que, después de persignarme al disimulo, me lancé a enfrentar las olas. Me zambullí y cogí unas cinco olas sin problemas por lo que decidí nadar más adentro y luego ponerme quietito, boca arriba. Al flotar uno no piensa en nada, se deja ir nomás; en ese instante me sentía dueño del mar y del cielo.

Cuando quise regresar a la playa sentí que por más que nadaba seguía en el mismo lugar. Me dije a mí mismo que no debería desesperame pero ya estaba desesperado. Oigan, ustedes no saben lo que es eso; querer llegar a la orilla y ver que uno no se acerca por más que quiera. A pesar de todo, continuaba nadando; no era cosa de dejarme morir, tampoco.



Di un millón de brazadas con furia y, chiquito y todo, puteaba. Lo que más coraje me dio en ese momento, lo juro, fue imaginar que si me sucedía algo, la gente comentaría que había sido por malcriado, por irme a pasear sin permiso y por desobediente, por juntarme con quien me lo tenían prohibido.

Empecé a sentir calambres en los dedos de los pies y a agitarme de tal manera que tragaba agua y más agua. Recité para mis adentros, ángel de mi guarda, dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día, y un brazo rodeó mi pescuezo y me arrastró con rapidez hacia la playa. Llegué a la arena y me eché boca arriba, jadeando y con la cara más mojada de lágrimas que de la misma agua. Un ratito después, Cristóbal Colón me abrazó y yo hipaba.

—Ya pasó, Chechiul, ya pasó y no pasó nada. Yo siempre te voy a proteger pero no hagas burrerías.

Era agradable estar acurrucado ahí; como una noche frente a una fogata espantando mosquitos; o como una tarde esperando que pasara el aguacero bajo el alón de alguna casa para seguir bicicleteando; definitivamente, estábamos para la sincerada.

—Júrame que no te van a matar —le rogué.

—Ya te dije que mientras sea chico no me van a matar...

—¡Júramelo!

El se rió sin mucho escándalo y movió la cabeza de un lado para el otro como hacen los grandes cuando les parece que los chicos han dicho alguna gracia.

—No te lo puedo jurar porque eso no depende de mi sino de los hijos de don Artrides Mendoza...

—Entonces, ¿por qué prometes que siempre me vas a proteger?

—Escúchame, Chechiul: tarde o temprano me van a matar, por eso no puedo dejarme morir antes de que suceda. Ya quisieran los Mendoza que yo, o cualquiera de mis hermanos, vivamos encerrados bajo siete llaves y muertos de miedo. A ti no te debe importar si me matan o no; yo estaré siempre ahí donde me necesites. Sólo tienes que mirar hacia allá, sea de día o sea de noche: en los destellos del mar, ahí estaré yo.

Durante esas vacaciones y las tres siguientes, salí a pasear con él escapándome, a cada rato, de la vigilancia de mis abuelos. Aprendí a coger olas, a construir castillos de arena, a lanzarme de coco desde la cubierta de un barco, a pescar con un hilo sentado sobre las piedras del rompeolas, a navegar una canoa y caminar sobre su panza sin caerme, a lanzar la atarraya sin que se hiciera nudos, a tender las redes, a descamar pescados sin herirme ni con el cuchillo ni con las espinas, a preparar cebiche de corvina, a lanzar un trompo y desde el suelo hacerlo subir a la palma de mi mano, a jugar perinola de a billuzos; yo creo que aprendí casi todo lo que se necesita para que uno se haga grande. Bueno, en realidad, lo único que no aprendí fue a tomar cerveza, porque me supo demasiado amarga.

Recuerdo la última conversación que tuvimos el año pasado al final de mis vacaciones.

—¿Sabes? Creo que pronto viajaré para Guayaquil.

—¡Qué chévere, man!

—No tan chévere, Chechuil. Lo que pasa es que en mi casa dicen que ya estoy demasiado grande para andar por ahí como el pavo.

—Están que te matan desde cuando yo era chiquito.

—Lo mismo digo yo, pero como igual me han de mandar para tu ciudad, dame tu teléfono.

—Tres cuatro seis, tres cuatro siete.

—¡Oye! ¿Tienes dos teléfonos?

Por primera vez, desde que nos habíamos conocido, lo vi tropezar. Me di cuenta de que no debía herirlo ni un poquito al responderle. También fue la primera vez que hablé sin ningún tipo de entonación.

—No, lo que pasa es que en Guayaquil los teléfonos tienen seis números.

Cristóbal Colón se quedó serio un rato; después me puso sus manos sobre los hombros y mirándome fijo a los ojos como si estuviese tratando de hipnotizarme, aunque más parecía asustado, me dijo con esa voz de sermón que utilizaba cuando sus palabras eran verdaderamente importantes.

—Vas a tener que enseñarme muchísimas cosas de tu ciudad.

Ahora que les cuento esto, no sé si ya habré crecido lo suficiente o no.

Hagamos un balance como dice el profe de contabilidad. Columna del Haber: siento la boca hecha puchero y los ojos hinchados, lo que significa que voy a llorar; eso es un punto menos para ser grande. Columna del Debe: estoy en la Caleta bebiendo un jarro de cerveza sin importarme para nada lo amargo; eso compensa lo anterior. Columna del Saldo: a Cristóbal Colón lo mató Temistocles Mendoza, la madrugada del último cuatro de noviembre en el cabaret de Blanquita y yo recién me entero.

Bebo de golpe la cerveza. Pago y me voy a caminar por la orilla; mientras avanzo hacia el rompeolas; el agua cubre mis pies y oigo el chirriar de la espuma desvaneciéndose. Palpo en el bolsillo de mi pantalón la pita para coger cangrejos. Lloro de golpe como si reventara. Mi corazón late peor que carro viejo y de golpe también me tranquilizo porque, de pronto, tengo la seguridad de que él está aquí, conmigo, y que me acompañará no sólo hasta que sea grande sino hasta que sea viejo. Es como cuando me pareció que en sus ojos brillaba todo el sol del mediodía.

LA PORTADORA

Folletín erótico de Pedro Lipcovich

Viviana, *la portadora*, con decisión tan cierta como la que en nuestro primer capítulo la llevó a las escaleras del videobar, el prostíbulo, sube los cuatro escalones de la Biblioteca Municipal. La misma curiosidad que la llevó allí —única curiosidad auténtica, la que nace de la desesperación— la trae ahora a la casa de los libros, que ella nunca había pisado, para preguntar por el mal que, cree, ella porta y puede transmitir.

Las bibliotecas son hembras. Animales grandes, inmóviles, abren sus cavidades a quien sepa entrar en ellas. Llevan en su interior miles de huevecillos en los cuales se inscribe el código de la especie, y poseen unos pequeños órganos retráctiles llamados bibliotecarios. A uno de ellos Viviana pide el libro que le hable del mal. Pero la Biblioteca no tiene ese libro. Y Viviana se siente ruborizar: el bibliotecario, sin duda, lee en su cara que ella no vino a la Biblioteca como va la gente a las bibliotecas: por encargo de un maestro un colegio para estudiar para acceder a la cultura, pero no por la pregunta personal, casi indecorosa, que a ella la mueve. Viviana debería irse, nada debe hacer en una biblioteca la protagonista de un folletín erótico, pero no puede, ella permanece, minúscula, con su pregunta.

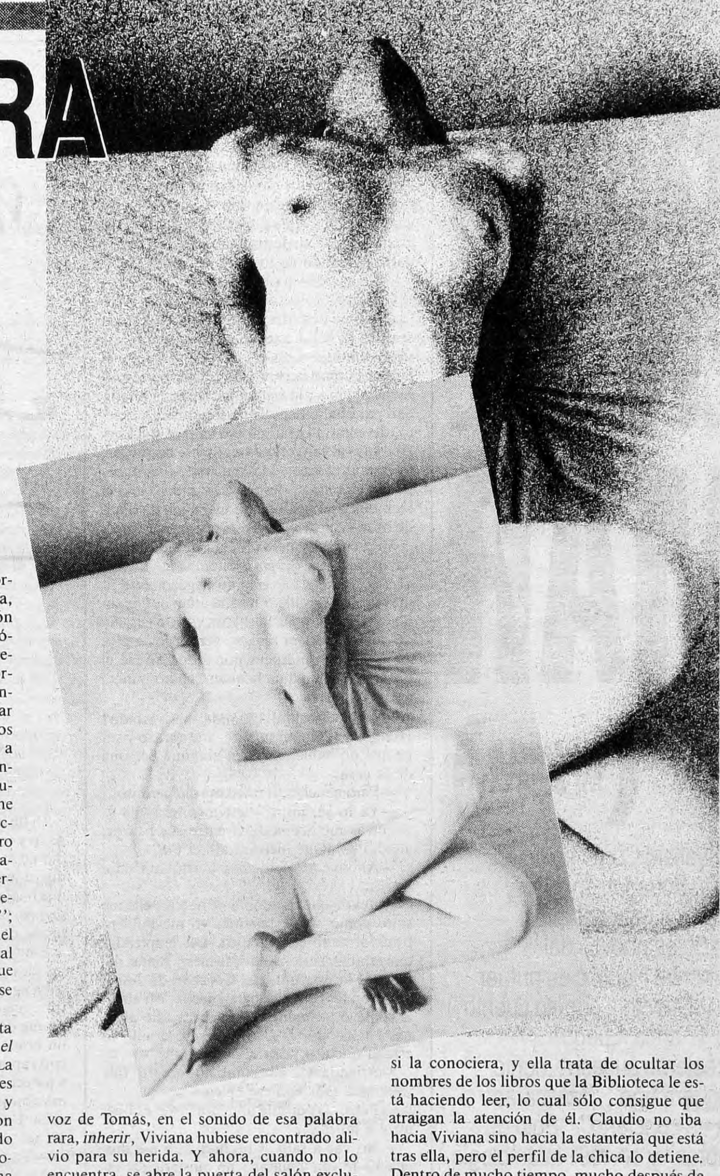
En la ciudad de la mentira las bibliotecas están tristes, agrias; como todas las hembras, se cansan de no recibir amor, y sus respuestas suelen ser negligentes o insensatas: en este caso la Biblioteca ofrece a Viviana libros sobre sexualidad. Y allá va el pequeño órgano retráctil a traer una preciosa síntesis del saber contemporáneo sobre el sexo. Viviana espera; hay una gran mesa con sillas para los lectores y una puerta que da a otro recinto, más amplio, vedado para ella por el letrero "SALA EXCLUSIVA PARA ESTUDIANTES".

¿Cómo hacer el amor con la misma persona por el resto de su vida y con el mismo entusiasmo?, dice la Biblioteca que pregunta la doctora Dagmar O'Connor: "Compartir la masturbación con el cónyuge proporciona una oportunidad especial de acercamiento". La Biblioteca sostiene que el doctor Gilbert Tordjman ha sido capaz de vencer la frigidez femenina: "Si la mujer, como lo demostró Kinsey, llega al orgasmo 95 veces sobre 100 en la masturbación, cuando fracasa en la relación sexual, es porque en el primer caso la caricia, centrada en una zona erógena precisa, no se interrumpe antes de su

4. En la Biblioteca

desenlace último. Pero también sin duda porque, en la intimidad de la caricia solitaria, la mujer se permite alimentar su excitación con el ardor vivificante de las fantasías eróticas"; por lo tanto, "la masturbación representa el tratamiento privilegiado de la anorgasmia total". Pero aun desaparecido el síntoma, insiste la Biblioteca, hay que continuar el tratamiento por un tiempo como con los antibióticos. La Biblioteca presenta ahora a la doctora Shere Hite, que fue capaz de encuestar a 7239 hombres. Dicen ellos: "Durante un tiempo tuve una compañera que me introducía un dedo en el ano durante el acto. Al principio lo veía con escepticismo, pero ella parecía saber presionar sobre mi próstata y, en realidad, era muy excitante. Me avergüenzo de confesar que me ha cohibido pedir a otras compañeras que probaran esto"; la Biblioteca deduce que el escepticismo del hombre contemporáneo sólo es problema al principio; la mujer, si sabía, puede lograr que el vuelva a creer en algo, aunque después se avergüence de su propia fe.

La Biblioteca no puede entender la pregunta de Viviana: *si en mí, en mi cuerpo, está el mal, ¿puedo no dañar a quien me ame?* La Biblioteca olvidó que el mal toma nombres distintos en cada tiempo de los hombres, y no recuerda que, cuando es identificado con el pecado, muchos concluyen que el pecado constituye el origen del mal físico. La Biblioteca no sabe que en un estante de ella misma hay un libro donde un hombre llamado Tomás de Aquino enseña que el mal sólo puede inherir en un sujeto bueno: tal vez en la



voz de Tomás, en el sonido de esa palabra rara, *inherir*, Viviana hubiese encontrado alivio para su herida. Y ahora, cuando no lo encuentra, se abre la puerta del salón exclusivo para estudiantes y aparece la figura suelta, de cabellos claros y largos, de Claudio.

Claudio que camina hacia Viviana como si la conociera, y ella trata de ocultar los nombres de los libros que la Biblioteca le está haciendo leer, lo cual sólo consigue que atraigan la atención de él. Claudio no iba hacia Viviana sino hacia la estantería que está tras ella, pero el perfil de la chica lo detiene. Dentro de mucho tiempo, mucho después de haberla perdido para siempre, sabrá que ella habrá sido la mujer que él quiso.

(Continuará.)

JUEGOS

CRUCIGRAMA

HORIZONTALES: 1. En otro tiempo.
2. Metal radiactivo./ Estorbo, obstáculo.
3. Ruptura./ Madurez de un fruto.
4. Distraído./ Del nodo acústico.
5. Lugar donde se representan obras dramáticas./ Símbolo del radián.
6. Mauritano./ Membrana que da color al ojo.
7. (Franco) Actor y director de cine italiano./ Nombre de varios reyes de Esparta.
8. Señora de la casa./ Composición musical de tono sentimental.
9. Tablero contador antiguo./ Doceava parte del año.
10. Que tiende a ilusionarse (fem.)./ Gesto, expresión.
11. Principal./ Cada uno de los cuerpos colegisladores del Parlamento.
12. Tela de algodón ancha y fina.

VERTICALES: 1. Armonía entre las partes de una obra de arte./ Piojo de los gallináceos.
2. Acción de rodear./ Maligno.
3. Remolcar una embarcación./ Adiós.
4. Siglas de las Naciones Unidas./ Apócope de tono./ Suficiente, harto.
5. Arrojar./ Serie graduada de un instrumento de medida.
6. Roda, parte de la quilla./ Percibir con el oído.
7. Zumo de frutas, cocido con miel./ En este lugar.
8. Licor aromatizado con canela o anís. Intrépido, atrevido.
9. Superior de un monasterio./ Cloruro de sodio./ Nombre de mujer.
10. Subir la bandera./ Letra griega.
11. Rabo./ Imaginar, inventar.
12. Unidad monetaria de Japón./ Familiarmente, quitar la rudeza a una persona a través de la enseñanza.

MINI-CLIP

Anote las palabras siguiendo las flechas

Zaherir — Botar varias veces — Contracción — Preposición compañía — Emperador romano — Plural de vocal
Definición de un jurado — Pendiente — Agarrar — Recé
Arma arrojadiza (pl.) — Argollas — Extremo de la entena — Claridad resplandor — Licor alcohólico
De figura de red — Peso que se resta por envase — Solo en su especie — Existir — Causa motivo

AYUDAS: ...

SOLUCIONES